



La mujer fuerte

La fiesta es su amada ! Los días de fiesta
son días de amores, son días de vino ;
se duerme, se escuchan las horas sin miedo
y se va á la calle con el traje limpio.

La doncella fuerte de los pies cuadrados,
la del seno recio, sobre el talle rígido,
la de los dos labios como hornos de fuego,
y los brazos fuertes y el mirar tranquilo ;

La doncella sana que consuela al pueblo,
sin negarle besos, sin hacer remilgos,
la que alegremente baila en las tabernas
y yergue triunfante su cuerpo rollizo ;

La mujer del pueblo — la mujer del hombre —
por resurrecciones cuenta los domingos :

¡ resucita al aire de las horas libres ;
resucita al mundo de los redimidos !

Tendrá todo un día de vivir por ella ;
de abrir sus armarios que huelen á lino ;
de coger sus flores, de regar sus plantas,
de poner en orden sus pobres vestidos ;

¡ Qué cielo tan grande ! Los campos empiezan
á ponerse verdes, á mover los trigos ;
— las casas de campo, como jaulas llenas,
vibran con un largo gorjeo de niños !

¡ Y el mar !... Sobre el seno de las blandas olas
se mecen las barcas, duermen los navios ;
y al cantar alegre de los marineros
de las gaviotas responden los gritos.

Por el puerto cruzan las mujeres viejas
mirando con pena, como héroes vencidos,
y las manchas rojas de los militares
casi nos alegran tanto como el vino !

Se echan á la calle familias enteras,
como unos patriarcas van los viejecitos
y rompe los aires la música alegre,
como carcajada de un pueblo tranquilo.

¡ Es la renaciente pascua del trabajo,
la bulla gloriosa del Sábado antiguo !
y llena de anhelos, la mujer del pueblo
sale de su casa con el traje limpio !



Vagamente siente deseos de fiesta,
plétora de vida bajo el seno henchido,
quisiera ver campos y hundirse en el agua,
y beber el aire que mece los pinos !



Se encuentra con alguien que la está esperando:
que la habla de largos tormentos sufridos ;
de un émbolo roto, de un patio de fábrica...
—¡ Y empieza á ver campos!—¡ Salud al Domingo!



¡ Salud á los árboles de sombra templada,
donde se merienda sin necios testigos ;
donde los abrazos riman con el vago
temblor de las hojas en el aire tibio !



¡ Salud á los días que lo amparan todo !
¡ Salud á las fiestas ! ¡ salud á los vinos !
¡ Salud á la hermosa mujer de los hombres
que yergue triunfante su cuerpo rollizo !



Las Hogueras

¡ Hagamos corro entorno de los fuegos
Como olas de la mar cuando rodean
los peñascos inmóviles !



¡ Qué inmensa
alegría tener lecho de llamas
donde arrojar la leña seca, el tronco
de las ideas muertas, las astillas
de los troncos caídos !



¡ Madre mía,
Naturaleza gigantesca ! Nadie
con tan grande entusiasmo ha celebrado,
tus fuerzas creadoras, la fecunda
germinación de todas tus semillas,
como mi pobre lira ; nadie empero
celebrará con más ardiente impulso
tus energías destructoras. —

Grandes
son tus lluvias de invierno que fecundan,
grandes tus rayos que devastan ; haces
camino entre la noche de los tiempos
creando y destruyendo, como activo
labrador que, sembrando en el Invierno
siega en los claros meses del Verano.



¡ Salud á las montañas ; celebremos
la gran serenidad de sus alturas
recubiertas de nieve ! empero ¡ gloria
á los volcanes que destruyen ; todos
alabemos las grandes cataratas
de la lava hervidora que corroe,
purificando !



Niños inocentes
de almas sin odio, candorosas manos
de sencillas mujeres, acercaos
á las hogueras y arrojad en ellas
el limo de la Vida ; los altares
que encontráis derrumbados, las cadenas
que torpemente os atan, las mohosas
espadas de los viejos combatientes !



Llamas rojas, agudas, vibradoras,
como lengua de sierpe bipartida,
levantaos triunfantes sobre todo
lo que la Vida universal rechaza ;
alzaos en la esquina de las calles
como tumulto popular, imagen

del pueblo que os enciende, vigorosas
en la quietud solemne de la noche ;
amenazantes como heraldos rojos
de las revoluciones que se forman.



¡ Y devastadlo todo ! Las viviendas
y los que las habitan, las coronas
y los ídolos, alma de la tierra,
al estallar como un ardiente grito
entre el bullicio de las grandes fiestas,
haced que el mundo nuevamente caiga
en el regazo vuestro y nuevamente
fundid sus montes y extended sus valles.



Yo llamaré lugar de bendiciones
al lugar en que se alcen vuestras llamas
porque sois frutos de entusiasmo ; flores
abiertas en la calma de la noche ;
lenguas de fuego que contáis al mundo
el triunfo de la fuerza !



Hogueras rojas,
diríase que todos los leones
han abierto su boca y han vibrado
la lengua ensangrentada disponiéndose
á devorar las presas codiciadas. —
¡ Verbenas de San Juan ! ¡ Fiestas del pueblo !
una siniestra destrucción palpita,
como serpiente oculta entre las yerbas,
bajo la alegre pompa y el bullicio
de vuestra leña ardiente : sois matanzas

que preludian victorias, sois el Chaos
precediendo á la Vida.

¡ Salve, gloria !
¡ Subid, hogueras ! ¡ Derrumbaos tronos !
Reciba el mundo, como un Dios caído,
su bautismo de fuego y resucite
lleno de fuerza en medio de las llamas !



Los Campos

¡ Son los campos ! Las Tablas donde escribe
la sacrosanta Tierra su decálogo
decálogo de paz, leyes de vida
y frutos de abundancia ;
preceptos de armonía en que los árboles
dan sombra á los rumiantes y á los hombres ;
en que los bueyes, que trabajan, aman
al viejo labrador que los conduce.



El firmamento es la cabeza augusta
de la tierra, cubierta de nublados ;
las montañas sus hombros gigantescos ;
los campos sus entrañas.
Aquí la Vida se alimenta y pasa
derramando sus dones ; aquí brotan
las doradas espigas, ondulando
como exámetros griegos, aquí el día
deja ver cuándo empieza y cuándo acaba.



¡ Son los campos ! La Tierra sin cadenas :
 la República inmensa, imaginada
 por el viejo Platón. — Bajo la misma
 serenidad de un cielo
 las yedras trepan ; el gusano arrastra
 por el suelo su cuerpo, las palomas
 beben entre los huecos de los troncos,
 duermen los perros y tranquilamente
 se tienden, á la sombra, los rebaños.



¡ Nadie obedece á nadie, y todos juntos
 cumplen con los preceptos de la Vida !
 La Tierra abre su seno, permitiendo
 que el hombre la fecunde ;
 por sí mismas se doblan las espigas
 bajo la hoz del labrador, las huellan
 las pardas yeguas inconscientemente
 y el trigo se desgrana ; sopla el viento
 y el grano se desprende de la paja !



Nadie se opone al triunfo de las cosas,
 ni, con leyes imbéciles, pretende
 cambiar la Ley no pronunciada nunca,
 en la paz de los campos ;
 nadie ha puesto cadenas á los árboles,
 ni á los almendros, en Abril, ha dicho
 — ¡ no florezcáis ! — Las estaciones ruedan
 con todo su esplendor sobre estos sitios!



Sin obstáculo alguno, se desliza
 por los campos el carro de la Vida,

lleno de majestad, lleno de frutos,
 serenándolo todo !
 Como los carros que, al caer la tarde,
 rebosando de mieses, arrastrados
 por la dorada yunta de los bueyes
 atraviesan, crugiendo, los rastrojos.



Las tintas del crepúsculo iluminan
 los montones de paja ; los chiquillos
 hierven en torno de las grandes ruedas
 increpando á las bueyes ;
 los labradores siguen á los niños
 enjugándose el rostro y, sobre el carro,
 los esposos recientes — los amantes
 de la siega anterior — rien á todos,
 mientras los libres pájaros del aire
 se paran sobre el hierro de la lanza
 para picar las rebosantes mieses !





Las Iglesias

Vi la noche de un templo de cristianos ;
vi las capillas largas, como negras
cuchilladas, abiertas en la espalda
de una grandiosa mártir ; y los vidrios
luchando, en los sombríos ventanales,
con la triunfante luz ;

Los viejos santos
sus carcomidos rostros levantaban,
con actitud de náufragos, hendiendo
las procelosas aguas de los siglos
y la bóveda inmensa dilataba
su costillaje enorme sobre el templo,
mientras, temblando prisioneras, iban
sus llamaradas rojas esparciendo
sobre el redondo coro las monstruosas
lámparas de metal.

Moría el día
y contemplé, como un romano César,
la lucha de la luz y de las sombras

en aquel nuevo Círculo. ¡ Con qué pena
combatía la luz ! ¡ Qué tristemente
derramaba la lluvia de sus lágrimas
sobre el rico metal de las Custodias !
¡ Con qué temblor caía en los rincones
contra las gradas de impasible mármol,
como paloma blanca, perseguida
del pardo gavián !...

Y vi que entonces
salían de las naves solitarias
ecos de fiesta y, al rumor que hacían
abriéndose las rejas, vi estrellarse
la inmensidad de aquel espacio obscuro ;
Vi el coro iluminado, como un trono
y vi sobre él ochenta sacerdotes
cantando á Dios. — Y su emoción tenía
la frialdad de una canción de muerte.
Les vi como luciérnagas, que piensan
dar resplandor á la grandiosa noche
porque en su cuerpo barrigudo brilla
una luz diminuta.

En los rincones
mujeres mal vestidas y tumulto
de hombres viejos y niños contestaban
á las canciones de los viejos chantres ;
porque, muerto Jesús, sus profecías
se han quedado en el aire y en los campos
con los pequeños lirios, sus amigos,
y en las grandes montañas protegidas
por la legión austera de los pinos

apóstoles ardientes de la vida ;
pero la Iglesia, de recinto estrecho,
permanece sin alma, como cauce
cuyas aguas se helaron ; como viuda
que se niega al amor.



No ha penetrado
el gran torrente de la vida sana
en aquella región de lagos quietos ;
no ha estallado la luz, que lo ve todo
y todo lo da á ver, en aquel nido
de los milagros pavorosos ; siento
que, al tallar en la piedra vuestros Santos
y al mutilar su cuerpo y al ponerles
estáticas quietudes en los ojos,
los dejásteis sin sangre y vuestros templos
están hechos de piedra solamente.
¡ No sopla el huracán de las alturas
en estas catacumbas solitarias !



¿ Por qué ? — ¿ No lo habéis visto ? — Porque el templo
pesa sobre los cuerpos como enorme
coraza que atosíga : hablamos bajo
en sus capillas ; juntos discurrimos
sin conocernos ; egoistamente,
cada cual para sí, reza, en el fondo
de las estrechas naves ; avariento,
sin levantar la voz, como los niños
preferidos del padre ; como eternos
hijos de Liar, procurando sólo

por nuestro bienestar ; importunando
al soberano Dios, que sólo atiende
la oración de las grandes multitudes.



¿ Y hemos de entrar en las Iglesias viejas ?
Sobre la cima de los altos montes
cabén las muchedumbres ; los altares
huelen á yerba fresca y todos tienen
grabada en una piedra la candente
huella del pie de Cristo que, desde ellos,
perpetuamente su Ascensión emprende
hacia el país ardiente de las Nubes.





Los Sepuleros

I

Contempladlos conmigo : como huecos
abiertos en la tierra donde oculta
la Vida sus semillas ; como cálices
donde se guardan las humanas hostias ;
como hornos donde el cuerpo se consume
y el Espíritu queda, oro purísimo
que ilumina el crisol —

Sin temer nada
llegad á los sepulcros, con tal fuerza
que no os paréis en ellos ; sed fecundos
como bellota de los grandes bosques
que, cuando el árbol se desprende de ella,
ella da vida al árbol nuevo !

Todo
sobre la creación es como un círculo
que no termina nunca ; se suceden
las aguas á las nubes ; las cosechas
á los sembrados ; los torcidos troncos

á las briznas de yerba ; los rocíos
á las escarchas y á los hombres muertos
las ideas incólumes.

Entramos
en los sepulcros, como acero virgen
que ha de templarse, en el pilón del agua ;
como ermitaño antiguo, todavía
cubierto con el polvo de la lucha,
en la cueva de rocas, donde ardiente
le visitaba Dios. —

¿ No habéis sentido
que vuestro pensamiento enamorado,
si subís á los montes, se desprende
de vuestro cuerpo mismo y con la Tierra
desea desposarse ? — Vendrá un tiempo
en que saldréis en átomos del fondo
de los sepulcros vuestros y, enlazados
á los granos de tierra y á las rocas
de las montañas, á la flor del campo
y á las entrañas tibias de las fieras ;
al agua que conserva y á los aires
que lo renuevan todo, sibaritas
del eterno placer, enamorados
de la Venus eterna, por vosotros
y en vosotros la Tierra será viva
y engendrará sus hijos : vuestro cuerpo
descansará en el lecho de las cosas
fundiéndose con ellas, como lágrimas
de mujer en el agua de los ríos.

II

¡ Cantad, entonces, misteriosamente
la canción del amor ! como la cantan

hoy, á vuestros oídos, los que han muerto palpitando en el fondo de la Tierra.



¡ Cantad el himno del amor vagando por los anchos espacios! — Sembradores de gigantes deseos, agitaos como constelaciones, sobre el liso contorno de los cielos; abrazados los unos á los otros delirantes y abrazándolo todo! Hasta que llegue la explosión del Amor, que, como lluvia anegando la Tierra, como ardiente erupción de volcán desencajando y corroyendo pueblos, como incendio que consume los bosques, hará presa en la ciudad inmensa de los vivos; se cebará en los hombres y en los astros y, ardiendo todos, entraremos todos en el gran humo blanco del Espíritu.



Esto será cuando á las vacas gordas las siete vacas débiles devoren; cuando las siete espigas despreciadas arrebaten la savia á las espigas coronadas de granos; cuando el triunfo del Mal se pierda, como estrella errante en el gran Sol de las acciones buenas; cuando muera la noche consumida en las entrañas de la luz:

Entonces
los sepulcros serán como ventanas
abiertas en el muro de los tiempos

y por las cuales entrará el gran aire del espacio infinito — así, los huecos abiertos en las peñas de la costa dejan, á veces, salpicar el agua y dan paso al murmullo misterioso del ancho mar donde las ninfas juegan.





La Canción del buen hombre

Vosotros, sabios, recorréis la Tierra
siguiendo las sentencias de los libros ;
vosotros, sacerdotes, puntualmente
cumplís con el decálogo : yo vivo
sin darme exacta cuenta de mi vida ;
completamente abandonado á todas
las fuerzas que me arrastran. Soy un necio,
soy un buen hombre.

Tiemblo por la noche
porque me inspiran miedo los fantasmas
y las apariciones. Buenamente
doy asilo en mi hogar y abro mis brazos
á los que adoran á mi Dios y á todos
los que blasfeman de él : buen hombre siempre,
mi bondad es sin límites, no acaba
al borde de las pilas del bautismo.

Soy como la corriente del arroyo,
bienhechor de las rocas y los árboles ;

del aire que renuevo y de la tierra
que humedezco. — Soy bueno, sin que nadie
me fuerce á ser así, porque no cierro
los oídos del cuerpo á los murmullos
de mi voz interior ; porque recibo,
como abrasado páramo, la lluvia
venga de donde venga. — Estoy dispuesto
á inclinarme, si el viento es de tormenta
y á levantarme si la luz me hiere.

No he suspendido mi arpa de los ramos
ni he vedado mi fuente á labio alguno !

Yo canto, sin cansarme ; yo me entrego
á todo el que con sed me solicita.

Soy un buen hombre ; todo el pueblo un día
me ha visto con desprecio, adivinando
sobre los rojos labios de mi esposa
los dulces besos de un amor oculto,
sin que yo me irritase ; todo el pueblo
ha querido abrazarme esta mañana
cuando arrancaba á las voraces olas,
que hacía hervir el temporal, el cuerpo
de un chicuelo inocente, cuyo nombre
nadie conoce.

Vivo para todos
y con todos comparto mis fatigas
y divido mi pan : todos los dioses
veneración me inspiran.



Como cruza
por lo interior de un bosque el caminante
y por él siente admiración y nunca
por uno solo de sus viejos árboles,
yo admiro solamente el ancho bosque
de la Divinidad, pero no abrazo
ninguna de las viejas religiones
que lo componen.



Todos los que viven
me inspiran interés : amo á los niños
y á las mujeres sobre toda cosa :
envidia á los corderos, y las flores
son mis grandes oráculos.



Amando
deshojaba las blancas margaritas,
y gustaba del mar y del silencio
solemne de los montes.



He jugado
con mis hijos pequeños y he sentido

nuevamente las dudas amorosas,
los deliquios estáticos, las penas
que acarrea el cariño, cuando, ha poco,
mi hija mayor amaba. — Hoy, en el pueblo,
me buscan los humildes, me desprecian
los poderosos y benignamente,
consultándome casos de conciencia,
el apurado párroco me llama.



Soy el buen hombre ; el que no tiene ideas
pero alimenta sentimientos : vivo
quizá inclinado, como encina vieja,
pero mi inclinación se debe sólo
á que buscaba el Sol mientras crecía.



No os diré, como el hombre razonable,
por qué una pena me conmueve y otra
me deja indiferente, empero, hermanos,
veréis llenos de lágrimas mis ojos
por cualquiera dolor y mis pupilas
por cualquiera alegría iluminarse.



Yo no conozco nada de lo escrito
por los hombres ; prefiero, dulcemente,
oir la voz de Dios, que se revela
en las palpitaciones del espíritu
y en las oscilaciones de los astros.



¡ Venid á mí ! — Los frutos de la tierra
llenan mi mesa ; en mis paredes blancas

no hay imagen alguna ; vuestros ojos
 verán en ellas cuanto quieran. — ¡ Sigán
 allí los míos descifrando, en tanto,
 ese eterno poema sin palabras
 que, en lo interior de nuestro pecho, escribe
 la Madre Universal cuando nacemos !



Paisaje

Vamos volviendo del trabajo : fuimos
 al campo, en busca de canciones nuevas,
 y recorrimos los abiertos valles,
 las anchas selvas.

Vamos volviendo á la ciudad dormida
 por el camino iluminado apenas ;
 callamos todos y la tarde muere
 sobre la tierra.

Vamos volviendo á la ciudad dormida
 y abandonamos las montañas viejas
 donde su amor nos otorgó la pródiga
 Naturaleza.

Volvemos llenos de visiones grandes,
 de rumor de aguas y de olor de yerbas ;
 todos sentimos la inquietud del himno
 cuando se engendra ;
 hay en el aire ondulaciones rítmicas
 que solicitan la escondida Idea ;
 hay, sobre el campo, una canción que brota,
 junto á las nuestras.

Y, silenciosas, nuestras almas hablan ;
 y, visionarios, nuestros ojos sueñan

y aquel camino entre los campos mudos
es un rosario que muy pocos rezan ; —
mientras, visión que las comprende todas,
fuego de gloria que al cobarde alienta,
las nubes rojas de la tarde triunfan
de la ciudad sobre las casas negras.

